

EL VAMPIRO Y LA CÁMARA

Gerard Gil

Fotografiar es matar. La luz atraviesa las lentes e imprime una película de celuloide. El negativo se llama así porque niega. En él, la luz se vuelve sombra, lo que está arriba aparece abajo, los colores se invierten, el tiempo se detiene, la vida se vuelve muerte. Si le hiciéramos una fotografía a Dios, en el negativo aparecería el Diablo. No es casualidad que utilicemos el verbo disparar. La cámara es un arma mortífera. Hace falta un nuevo proceso, un proceso de magia blanca o, si se quiere, de positivado para que la luz vuelva a ser luz y todo vuelva a su sitio. Todo menos el tiempo. El cine es lo que devuelve a la fotografía el tiempo perdido. El cine es a la fotografía lo que Jesús a Lázaro.

No mentirás. La fotografía siempre miente. Siempre. Incluso la fotografía más fiel a la realidad miente. Por lo tanto, si la mentira es una invención del Demonio, todo arte es satánico. A no ser que el arte denuncie su propia mentira. ¿Cómo? ¿Cómo puede explicar un mago su truco sin que el truco deje de ser mágico? Lo único que puede hacer es confesar que se trata de una ilusión y no explicarla jamás.

Hay quien cree que Dios representa la vida, mientras que el Diablo representa la destrucción y la muerte. Eso nos podría llevar a pensar que el arte celeste es aquel que afirma la vida y el arte satánico aquel que la niega. Sería un error. En irrealidad, tanto Dios como el Diablo afirman y niegan la vida con la misma fuerza. ¿No envió Dios, según la Biblia, sus plagas para castigar al hombre? Por otro lado, los akelarres fueron considerados ritos satánicos, pero ¿acaso no rendían culto a la fecundidad a través de las orgías? No se trata de elegir entre vida y destrucción, porque no existen la una sin la otra. La diferencia fundamental entre lo divino y lo demoníaco no tiene nada que ver con la afirmación o la negación de la vida, sino con la afirmación del carácter sagrado de la misma.

Las personas que perciben la dimensión metafísica de la existencia no son necesariamente personas religiosas en el sentido tradicional. De hecho, los místicos son siempre nihilistas. Por suerte, no sólo los místicos poseen esa sensibilidad. Hay en el mundo muchas personas capaces de intuir que todo lo que les llega a través de

los sentidos es sólo la caricia de un misterio. Esto no implica la existencia de ninguna divinidad. Se puede mirar un charco y ver el cielo. Se puede mirar un charco y ver un charco. Se puede mirar un charco y no ver nada.

Los vampiros se han considerado a menudo emisarios del Diablo. El vampiro es un ser inmortal, necesitado de sangre y que no se refleja en los espejos. Los vampiros, como los fotógrafos y los cineastas, se apoderan de la vida ajena y la separan del tiempo. La luz es la sangre del tiempo. El vampiro no se refleja en el espejo porque, como el místico, está lleno de vacío. El vampiro no es nada. Y miente, como el artista, para convencer a sus víctimas. Si le hiciéramos una foto a un vampiro, en el negativo aparecería una virgen vestida de blanco. Sólo hay dos cosas que un vampiro puede, al fin, hacer: confesar que su alma está llena de noche o esperar las primeras luces del día amarrado, como la cámara de un turista, al cuello de su propia muerte.